

RESEÑAS DE LIBROS

FRED I. GREENSTEIN y NELSON W. POLSBY (eds.), *Strategies of Inquiry. Handbook of Political Science*, vol. 7. Reading, Mass. Addison-Wesley Publishing Company, 1975, 458 pp.

Después de haber explorado en los seis volúmenes anteriores la naturaleza de la ciencia política y las principales áreas en que se ha dividido su estudio, en éste, once autores analizan en ocho capítulos y 458 páginas las principales vías a través de las cuales se está desarrollando el grueso de las investigaciones políticas en las grandes universidades de Estados Unidos. Se trata, pues, de un enfoque norteamericano, es decir con las prioridades e intereses propios de la comunidad de politólogos de ese país, y que no necesariamente son compartidas por los practicantes en otras latitudes.

En el primer estudio, Clement E. Vose, recuerda a los estudiantes graduados que no necesariamente todas las investigaciones políticas de importancia se hacen a partir de datos creados por el propio investigador. El auge del enfoque conductualista en los Estados Unidos llevó a muchos de ellos a considerar la investigación tradicional —búsqueda de material en archivos y bibliotecas— como poco “científica”. Pues bien, aquí Vose de manera muy didáctica les recuerda que periódicos, colecciones documentales, manuscritos, etc., pueden ser fuentes muy ricas de información, situación que no ha de causar mayores sorpresas entre los latinoamericanos. Sin embargo, el ensayo no va más allá de ser una guía para el uso de las principales fuentes documentales en los Estados Unidos.

Jerome M. Clubb aborda en el segundo capítulo el problema desde otro extremo: el de los estudios cuantitativos. El tema central lo constituye la naturaleza y función de los archivos de datos a donde han ido a dar los resultados de miles de encuestas —algunas muy costosas— que aún pueden ser utilizados por el investigador para llevar a cabo “análisis secundarios” con una inversión mínima de recursos. Aunque en su mayor parte este material se refiere a temas norteamericanos, el autor da pistas útiles para obtener alguna información sobre América Latina y el índice sobre la localización de los archivos de datos más importantes de los Estados

Unidos y Europa resulta particularmente útil. Si bien los archivos de datos como el Roper Opinion Reserch Center del William College —el mayor del mundo— pueden llegar a introducir cambios sustantivos en la naturaleza de la investigación social, su creación, mantenimiento y el uso de sus materiales requiere de bastante sensibilidad por parte de los investigadores. El empleo de este tipo de información por parte de los investigadores latinoamericanos parece ser mínimo y convendría empezar a familiarizar a los estudiantes de la región con su uso. Una cosa es clara, el costo de la investigación cuantitativa y de toda la técnica ligada a las computadoras va en aumento; la posibilidad de crear en los países latinoamericanos en un futuro próximo un tipo de organizaciones similar a las descritas, es muy pequeña.

Harry Eckstein, en uno de los artículos más sustantivos de la obra, evalúa un instrumento tradicional de la ciencia política: el estudio de caso en función de sus posibilidades —hasta el momento desdeñadas— para el desarrollo de la teoría. En el artículo se confrontan las posibilidades del caso clínico —el estudio intensivo de una instancia— con las del experimento —el estudio extensivo de una sola característica en varios casos. En la actualidad, y en especial con el uso de las técnicas cuantitativas, los análisis comparativos son considerados más ventajosos para el avance teórico que el estudio de caso, pero Eckstein tiene sus dudas. Después de definir el concepto de teoría de una manera menos rigurosa pero más realista que un filósofo de la ciencia, el autor muestra que con un marco teórico adecuado el estudio de caso puede ser tan útil, y desde luego más económico, que los famosos estudios comparativos. Hasta ahora, el error de muchos investigadores que optan por el *case study* ha sido simplemente su poca ambición: buscan explicaciones *ad hoc* a pesar de que sus posibilidades teóricas son enormes, sobre todo si se seleccionan “casos cruciales” dentro de la tradición de Michels o Malinowski. El estudio de caso, con todas sus debilidades, sigue siendo un instrumento excelente en la formulación y prueba de teorías al nivel macropolítico.

En el siguiente artículo, Hayward R. Alker Jr. centra su atención en un punto situado a 180 grados del que interesó a Eckstein: la polimetría. El concepto toma aquí carta de naturalización dentro del universo de la ciencia política y es definido como “la aplicación de formas matemáticas y procedimientos estadísticos a la descripción cuantitativa y categorización cualitativa de los fenómenos políticos, la comprobación inferencial de teorías explicativas y la invención o evaluación de alternativas políticas”. Se trata de una visión crítica de las capacidades de los métodos estadísticos para evaluar las acciones políticas, comprobar postulados teóricos, y describir casos o poblaciones. Para tal fin se emplean no sólo argumentos metodológicos sino también históricos y filosóficos. Después de una larga serie de consideraciones que requiere un mínimo de conocimiento de los métodos cuantitativos, el autor concluye que ya es posible para la poli-

metría ir más allá de la hermenéutica para llegar a la explicación misma.

En el quinto capítulo, Richard A. Brody y Charles N. Brownstein abordan el problema de las posibilidades de la ciencia política para crear experiencias artificiales y simulaciones con objeto de verificar hipótesis previamente elaboradas. El propósito es eliminar explicaciones competitivas a través del control de ciertas variables. Tradicionalmente la ciencia política no ha hecho uso del experimento por la dificultad obvia para que el observador manipule el fenómeno bajo estudio. Aquellos que no emplean técnicas experimentales simplemente buscan las experiencias adecuadas para confrontar la teoría con la realidad pero no las crean, es decir, no experimentan. Desde luego no todos los temas de interés para la ciencia política se prestan a la investigación experimental, pero en otros quizá se desdeña el experimento simplemente por desconocimiento de la técnica. Los requisitos para su uso son varios: la presencia de una teoría que especifique claramente la relación causal, la existencia de variables independientes susceptibles de manipulación directa, la posibilidad de lograr una muestra representativa del universo o población y de distribuir adecuadamente las unidades que participarán en el experimento. Dadas estas condiciones sólo en dos campos del análisis político se ha tenido éxito con el experimento o cuasi-experimento: el de la psicología política y el de análisis de formulación de alternativas. Brody y Brownstein proveen al lector con un sumario adecuado de los pasos y problemas a seguir y enfrentarse en caso de tratar de hacer uso de esta poderosa técnica de análisis.

En un largo artículo, más descriptivo y menos teórico que los anteriores, Richard W. Boyd y Herbert H. Hyman examinan lo que se ha constituido en las dos últimas décadas en el procedimiento más importante en la práctica conductualista: la encuesta, definida ésta como “la investigación de [ciertas características] de un grupo numeroso de personas, seleccionadas a través de un muestreo riguroso, entrevistadas en un medio de vida normal y mediante procedimientos estandarizados que permiten obtener resultados cuantitativos”.

El artículo es bastante útil para estudiantes graduados, pues les permite conocer una multitud de investigaciones sobre características demográficas, actitudes, creencias, conductas, etc., así como el desarrollo histórico de los métodos de encuesta, tanto dentro del ámbito académico, como del comercial y administrativo. En la parte final se encuentran unas breves consideraciones en torno a las posibilidades de las encuestas en la construcción de teoría.

El capítulo séptimo lo cubren Gerald H. Kramer y Joseph Hertzberg con un largo y complicado alegato sobre las posibilidades de llegar a construir una teoría formal —es decir expresada en términos matemáticos— en ciencia política. Se parte del supuesto de que ésto es posible sólo en ciertos campos de la disciplina, en particular aquellos susceptibles

de emplear el concepto de equilibrio. La economía política y sus curvas de indiferencia constituyen un terreno fértil para este propósito, sobre todo si se presupone la racionalidad de los participantes en la distribución de los bienes escasos.

La teoría de los juegos —se suponga o no la cooperación entre los participantes— puede ser otro poderoso auxiliar en la formulación de decisiones nacionales y abre un camino muy interesante a la teoría de las coaliciones.

Al final del libro encontramos a un viejo conocido, no sólo de los politólogos sino de los científicos sociales y el público bien informado en general: al futurólogo Herman Kahn y que, obviamente, nos habla sobre la posibilidad de proyectar el futuro. Como disciplina, la futurología aún no ha sido enteramente aceptada por los académicos, pero cada vez se hace más respetable en el medio. Para Kahn la proyección de cierta variable hacia el futuro es tan seria como pueden serlo las otras preocupaciones tradicionales de las ciencias sociales, y tan o más útil para la toma de decisiones. En la actualidad dos son los escenarios que dominan en la discusión del tema: el neomaltuseano y el margitimista, denominado por Kahn postindustrial.

Tres son, según Kahn, los enfoques básicos para la construcción de escenarios y se trata de vías alternativas: extrapolación-definición de objetivos, sintética-morfológica y empírica-teórica. Combinadas dan ocho formas de analizar el futuro. Pero en cualquier caso, todo depende de que las variables empleadas sean susceptibles de extrapolación y qué tan compleja se pueda hacer ésta para que refleje bien el dinamismo del fenómeno —por ejemplo la introducción del cambio tecnológico en la extrapolación del crecimiento industrial. Si bien la futurología no es aún una ciencia, su ejercicio será cada vez más común por necesidades prácticas y es un área abierta, con enormes potencialidades.

Para finalizar, recordamos al lector que en esta obra se da una hojeada muy rápida al estado de la investigación entre la comunidad de politólogos norteamericanos y no se debe confundir con la ciencia política en general. En otras latitudes los resultados serían muy distintos, quizá porque como ciencia el estudio de la política aún deja mucho que desear.

LORENZO MEYER

Varios autores, *Justicia económica internacional*. Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

Recientemente apareció la obra titulada *Justicia económica internacional*. Se trata de una colección de nueve artículos precedidos de una carta de presentación de Kurt Waldheim, Secretario General de Naciones Uni-